

## Reseña de libro

### Guía Casas patrimoniales de Coyhaique, de C. Castillo y C. Pérez, Fundación ProCultura (Editores), 2016. 45 páginas.

Ximena Urbina  
Instituto de Historia- Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
ximena.urbina@ead.cl

#### *Book review*

#### *Heritage houses of Coyhaique, C. Castillo & C. Pérez (autors), Fundación ProCultura (Eds.), 2016. 45 p.*

Guía Casas patrimoniales de Coyhaique, libro de 145 editado por la Fundación ProCultura, el 2016, es el producto de una investigación realizada gracias a un proyecto financiado a través del 2% de Cultura, del Fondo Nacional para el Desarrollo Regional, del Gobierno Regional de Aysén. Los autores son la arquitecta Constanza Pérez Lira y el ingeniero forestal (Universidad Austral de Chile, 2007), Carlos Castillo Levicoy.

El gran valor de este libro radica en haber pensado, sus autores, que era importante fotografiar y registrar la arquitectura habitacional construida en madera en la ciudad de Coyhaique, la que da cuenta de las primeras décadas de la ciudad, desde que fuera fundada en 1929, y ofrecer al público general la información producida. Ésta, en forma de libro, es a la vez inédita constancia y testimonio de un pasado arquitectónico que va desapareciendo, y un material valioso para el investigador de diferentes disciplinas, pero también idiomas, porque el libro es bilingüe, español/inglés. Prueba de lo oportuno del catastro realizado es que, entre que se hacía la investigación y se publicaba el libro, dos de las casas se quemaron y una fue demolida.

El contenido, individualizado en 23 casas, se encuentra distribuido en tres zonas: sector centro y alto, y sector rural de Coyhaique, tres sectores a los que también se les llama rutas, porque el libro es, asimismo, una guía, y como tal una invitación a hacer un recorrido en terreno. Para cada casa se publica una planimetría confeccionada especialmente para el libro, fotografías del exterior de los inmuebles, de detalles constructivos, y, si las hay, de las familias que las habitaban originalmente. Hay, asimismo, testimonios de sus moradores más antiguos.

La sensibilidad de los autores se nota en la intención puesta en describir no sólo la materialidad y programa de las casas, sino también en consignar las maneras y prácticas constructivas, y los modos de habitar de sus

constructores y moradores, información que obtuvieron a través de entrevistas. Por eso, se nos informa de un mundo de madera hoy a punto de olvidarse: madera aserrada y labrada a hacha, tejuelas, tarugos, vigas, pies derechos, encintados, cerchas, basas, tingle, "sierra a brazo sobre el borriquete", tablas marchimbradas, encamisado, etc. Y aunque también consta el zinc como material "que se traía de Argentina", y de ladrillo cocido hecho artesanalmente, es la madera la reina indiscutible. Leemos que la utilizada fue lenga, coihue, ciruelillo, ñirre, y hasta ciprés de las Guaitecas, estas últimas, "tablas compradas y traídas de Puerto Aguirre" para construir en la década de 1920 la casa de Clodomiro Soto, nacido en Abtao. Todo esto conmueve al lector urbano, ajeno al bosque y a la madera, pero es connatural a uno de los autores, Carlos Castillo, quien siendo niño aprendió de su padre el noble oficio de tejuelero.

El fechado más antiguo de una casa es de 1929, la de Esterlina Oyarzún, proveniente de Chiloé, pero hay varias otras casas datadas por los autores como de alrededor de 1920. Las más tardías fechas de construcción de las casas consignadas en este libro son de la década de 1960.

A juzgar por sus apellidos, la gran mayoría de los pobladores originales eran de origen chilote: Oyarzún, Álvarez, Uribe, Gallardo, Bórquez, Mancilla, Barrientos, Águila, Ulloa, Vásquez, Vera, Andrade, o Cárcamo. Entre ellos, uno de Ancud casado con una mujer de Chillán, que llegaron a Coyhaique desde Argentina; una pareja de Quellón, ambos de apellido Barría, en la que el marido trabajaba en una estancia ganadera cercana a aldea Beleiro, en Argentina, que construyó su propia casa con la ayuda de un pariente chilote; otro, Clodomiro Soto Chávez, natural de Abtao, casado con una mujer de Ñuble, conocedor del oficio de carpintero, que diseñó y construyó su casa.

Por los testimonios recogidos en la guía, sabemos que los de Chiloé reprodujeron su manera de habitar: plantaron manzanos, ciruelos, guindos, perales,



cerezos, grosellas, ruibarbos, y consta al menos una “papera”, situada en el jardín, para el almacenamiento de las papas. Era habitual poner la tradicional cocina-fogón en el exterior (de una se dice que tenía cimientado de piedras, “tremendas, toscas”), que en varios casos fue lo primero que se levantó para contener a la familia, y luego ir construyendo la casa. La existencia de ventanas entarugadas se atribuye, en los testimonios recogidos, a una manera chilota de construir.

Figuran apellidos indígenas entre los primeros propietarios: Rupallán, Epullanca, y Hueitra; también funcionarios del ejército, así como ventas posteriores a personas de origen alemán. Así, podemos saber que se contaron entre los primeros pobladores de Coyhaique Alfredo Navarrete Pozas, carabinero valdiviano casado en esa ciudad, llegado con su esposa y cinco hijos en 1942; Juan Foitzick Casanova, uno de los primeros colonos que llegó a la zona de Coyhaique, en 1911, proveniente de Argentina; una pareja llegada desde Temuco en los años '20; o Romilio Villalobos, proveniente de Los Ángeles, que llegó a trabajar en la Sociedad Industrial de Aysén, en Coyhaique. Una casa de fisonomía destacada es la de la familia Medina Muñoz, con “destacadas terminaciones en madera” y un bacán-corredor en el segundo piso, singularidad que parece deberse a la participación de “un hombre de ascendencia alemana” en su construcción (pág. 125). Algunos de los entrevistados recuerdan que fueron carpinteros provenientes de Chiloé los que construyeron sus casas, y relatan: “todo se hacía sin planos, solo con el conocimiento empírico de los maestros que construyeron”, “eran buenos carpinteros”, o “las cosas tuvieron que ir a buscarse a Argentina, era más barato todo y más cerca”.

Podemos decir que, a través de la información dada en el libro, no se ve una diferencia de etapas constructivas o de poblamiento diferenciado entre el sector centro y alto de Coyhaique. La zona rural está representada por el sector llamado cruce Ensenada, en el valle Simpson, el sector el Salto, y el fundo Las Pampas, en cerro Galera, todas construcciones de las décadas de 1920 y 1930. De los testimonios se advierte la dificultad de ser colono en Aysén en esos años, y la importancia dada a la construcción de la casa, como único refugio y reparo de un trabajo dedicado a la cría de ovejas y vacunos. Se recuerda que antes de construir la casa en el fundo Las Palmas, la familia vivió “en unos ranchos que hicieron de madera partida y techo de canogas”.

Es, este libro, un reconocimiento a la madera labrada a hacha, al empuje de los colonos, a la carpintería como oficio connatural de los pobladores venidos de Chiloé, y a la distinguida sencillez de las casas antiguas. Hoy el zinc va ganando la batalla: solo

tres de las 23 casas de la guía siguen aún techadas con tejuelas. Es a comienzos de 1990 cuando, por los testimonios, se advierte este recambio de la tejuela ya gastada, por el zinc.

Se echa de menos en el libro comentarios que den cuenta de las conclusiones a las que llegaron los investigadores, que, dado el trabajo hecho, son los mejores conocedores del proceso en que las casas de madera fueron floreciendo en la zona de Coyhaique. Tampoco hay bibliografía que de cuenta de otros estudios acerca de las familias llegadas o de la utilización de la madera en Aysén, ni hay notas a pie de página que permitan complementar el trabajo. Sin embargo, el libro no tuvo esas pretensiones, porque es una guía en la que consta información nueva, y precisa. Eso sí, deja abierto el camino para que los investigadores analicen la información recabada y lleguen a nuevas conclusiones; se inspiren en ella para hacer lo propio, con otro tipo de información (documentos, relatos orales, fotografías); o amplíen el estudio de las casas de madera de valor patrimonial en otros sectores de la región. Al respecto, el libro no nos dice cuál fue el criterio para la elección de estos 23 casos, y porqué solo se restringe a Coyhaique. Además, ¿se advierten diferencias constructivas y de estilo, locales, dentro de la región de Aysén? ¿qué podría decirse acerca de galpones y otras construcciones de madera de la vida rural?

Quizá, los arquitectos o historiadores del arte podrían decirnos algo acerca de el o los estilos arquitectónicos de estas casas y sobre todo, de sus techos. Quizá las casas de los colonos de Aysén son testimonio de sus múltiples procedencias o lugares de origen.

Recomiendo la lectura de este libro, lleno de imágenes y de testimonios acerca del habitar en la región más postergada de Chile. En sus páginas, sus autores han consignado con primor un pasado de madera que se nos va.